

ANDREA MAGGI

EL ANILLO DE POLIDORO

Traducción de José Ramón Monreal



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2016

A mi hija Isabella,

κρΙνεΙντακαλα
(acostumbrados a) juzgar las buenas acciones.

Lema espartano

PRÓLOGO

En el que Apolofanes anuncia el final inminente

El fuego devora Esparta.

La revuelta se propaga por las calles, irrefrenable como las nubes en tempestad. Eros y Tánatos, los dioses de la guerra y de la muerte, amenazan a la ciudad y danzan sobre nuestras cabezas. Innumerables columnas de humo negro se alzan en el cielo de las casas en llamas.

Los habitantes tratan de salvarse de la matanza. Decenas de cuerpos yacen inertes en las calles.

Todos los colores de una ciudad se atenúan cuando la sangre anega sus calles, tiñéndolas de rojo.

Los rebeldes son millares. Los guerreros de la defensa de Esparta son superiores en valor, pero claramente inferiores en número. El avance del enemigo es incontenible. Las filas se rompen. No hay ya táctica. El enfrentamiento se ha vuelto una reyerta furibunda. Se combate para sobrevivir.

Resisten con la fuerza de la desesperación solamente las guarniciones que defienden los silos de almacenamiento, el último tesoro aún en manos de Esparta. Una vez perdidos éstos, todo estará en manos de los rebeldes.

Mi fornido esclavo Estrepsíades y yo entramos en el templo de Ártemis Ortia justo antes de que las puertas sean atrancadas. Los refugiados en el interior invocan la ayuda de la

diosa. Una falange de hoplitas armados al mando de un oficial se prepara para la defensa extrema. Descubro, entre todos los demás, a la máxima autoridad de Esparta, los dos reyes, los éforos y los gerontes.

En la mirada de todos puedo leer el terror que yo mismo siento. Sólo la estatua de Ártemis mira fijamente la gran puerta de la entrada con fría altivez. Los gritos amenazadores de los rebeldes se tornan cada vez más agudos. La diosa cazadora de rostro imperturbable tiene rasgos duros y anchas espaldas. Contemplo en su rostro la divina indiferencia ante los sufrimientos de los mortales.

Por debajo de la gran puerta penetra un humo que invade el ambiente en pocos instantes. Resulta fatigoso respirar. Pican los ojos. Toso violentamente. Entre nuestros refugiados, la sospecha que albergan sin manifestarla abiertamente se vuelve una certeza atroz: han decidido salir afuera con el fuego. El aire seco alimenta las llamas rápidamente. Alguien grita que es mejor abrir las puertas y salir a combatir. Cruzo la mirada con el rey Eudamidas, el más joven de los dos soberanos de Esparta. La tensión de su rostro significa una sola cosa: es el principio del fin para nosotros.

No existen alternativas: nos arrojaremos contra las armas enemigas.

Moriremos como guerreros que somos.

Nadie de nosotros está dispuesto a dejarse matar en el interior de un templo sin presentar batalla. Mucho menos Eudamidas, hijo de ese rey euripóntida que murió hace diez años luchando contra los macedonios en Megalópolis. La sangre de un euripóntida corre por las venas de un guerrero vencedor o bien en un campo de batalla.

—¡Los espartanos no preguntan nunca cuántos son los enemigos—trueno el joven rey, el rostro transfigurado por la excitación—, sino dónde están! El enfrentamiento no durará más

que unos pocos instantes. Luego no habrá, para nosotros, sino quietud.

Más que cualquier cosa, me aflige el no saber qué ha sido de Filoxena.

Los gritos de los refugiados se hacen ensordecedores. El rey Eudamidas ha tomado el mando de los hoplitas lacedemonios. Está ebrio de excitación. Se cala el yelmo. Las largas trenzas en que lleva recogidos los cabellos caen blandamente sobre la capa escarlata. No hay guerrero más bello que el hoplita espartano, tanto más eufórico cuanto más siente cerca la batalla. El rey Eudamidas blande la lanza apretada con la diestra. Semejante a Ares, está ansioso por el choque inminente. Dirige con determinación el asta apuntada hacia la gran puerta. A aquel gesto, los hoplitas se alinean disciplinados. El golpear cadencioso de las lanzas contra los escudos retumba entre las paredes del templo y hace temblar las rodillas.

Los ojos de cada uno de ellos brillan de loca alegría.

—¡No hay mayor deseo para un espartano que morir combatiendo! —insiste el rey, al que responde un estruendo de asentimiento de los suyos.

Un fuerte impacto hace temblar la gran puerta. El fragor revuelve las tripas. Los rebeldes tratan de echar abajo los batientes debilitados por el fuego. Tienen prisa por exterminarnos.

¿Se evitaría todo eso si se hubiese resuelto a tiempo el misterio sobre el que estaba indagando?

Blando la espada y alzo el escudo hasta la barbilla. Me llevaré al Hades al menos a un enemigo.

Un golpe de ariete del exterior hace temblar la gran puerta. Avanzamos con las armas apuntadas hacia delante.

El bueno del viejo Estrepsíades me posa una mano sobre el hombro. Es su manera de despedirse de mí, su amo, y de la vida.

—Es un honor morir en este templo, amo —me dice, con el orgullo pintado en la mirada y lágrimas en los ojos—. Librare-

mos esta última batalla uno al lado del otro, como dos hombres libres.

Otro golpe de ariete rompe la tranca, haciéndola estallar en una nube de astillas. Estrepsíades aprieta firmemente la lanza con ambas manos. Entre las llamas y la brecha que se ha abierto en la gran puerta entreveo los primeros rostros enfurecidos de los enemigos. El templo vibra como sacudido por un terremoto. Del techo llueven yesones sobre nuestras cabezas.

El grito de guerra del rey Eudamidas inflama los corazones de todos nosotros.

El enésimo asalto del ariete echa abajo la puerta. Las hojas se abren de par en par. Una nube de humo, llamas y astillas de madera nos arrolla y los rebeldes irrumpen dentro del santuario, imparables como la corriente impetuosa de un río en crecida. Todo tiembla aún. A nuestras espaldas, la antigua estatua de Ártemis Ortia se tambalea, luego se inclina y se quiebra contra el suelo con gran violencia, aplastando a algunos refugiados detrás de nosotros y obstruyendo la vía de salida a otros.

El estruendo es tremendo. Los gritos me trastornan. Unos pocos pasos más y los rebeldes nos arrollarán.

Sólo ahora comprendo plenamente que todo está perdido.

Y que no volveré a verte nunca más, Filoxena.

Ahora sí. Estoy listo para morir.

CAPÍTULO I

Algún tiempo antes, la carta

Me alegrará saber, Filoxena, que estás bien de salud.

Imagino tu sorpresa al tener en tus manos esta carta mía, al cabo de tantos años de silencio. ¿Qué sentimientos provocará en tu corazón?

Dado que tampoco tú me has buscado nunca en todos estos años, supongo que tu ira hacia mí sigue viva. Sé que me la he merecido. Que sepas que no hay día que no me arrepienta de lo que hice. Nunca he olvidado la razón de mi destierro ni los sufrimientos que te provoqué.

Pero confío en que el tiempo haya aliviado las heridas de tu corazón y que estés dispuesta a prestar oídos a mi súplica.

Una grave amenaza se cierne sobre mi casa. La angustia me quita la respiración. De nada han servido las muchas ofrendas hechas a Atenea. A causa de mis graves culpas, la diosa no está dispuesta a liberarme de las desgracias.

En el colmo de la desesperación, me dirigí al oráculo de Delfos. El dios se pronunció por boca de la Pitia, revelándome que escaparé a mi mortal destino sólo si Eleuteria, la Libertad, vuelve a mi lado. Tales fueron las palabras del dios. Por dicha razón en estos momentos te encuentras sosteniendo mi epístola entre las manos.

Por eso invoco tu ayuda.

En ti, libre para siempre, reside la diosa Eleuteria. Tú has hecho de la libertad tu única y exclusiva razón de vida. Por tanto, a ti dirigiré mi súplica.

Mi querida Filoxena, Apolo me ha mostrado la vía de salida. Concédeme tu ayuda, si tienes temor del dios, y te suplico que no tomes decisiones apresuradas. Reflexiona sobre cuál es el bien no sólo para mí, sino también para todos nosotros, luego haz tu elección.

Ojalá los dioses te infundan un sabio consejo, y rezo para que te conserven bien de salud.

Tisámeno

CAPÍTULO II

En el que Heracles se enfrenta a la Hidra

Desde hacía dos días avanzábamos por caminos de herradura y senderos impracticables. Las asperezas del interior de Laconia hacían añorar la vista que desde Atenas se disfruta del mar. ¡Qué no habría hecho por un poco de azul! La mirada se perdía a lo lejos en la línea irregular del horizonte, delimitado por la larga cadena de montañas puntiagudas y por un cielo sereno, pero envuelto de una insólita grisura. A lo largo de las laderas de los montes más próximos destacaban aquí y allá amplios trozos de desnuda roca que rompían la monotonía del bosque verdeante. Nos adentramos por un tupido encinar conocido con el nombre de Escotina.

—¡Laconia, puaj! —espetó Estrepsíades—. No hay tierra peor que visitar para un tebano.

Mi esclavo avanzaba a la cabeza del grupo, con una mano en la empuñadura de la espada. Muchos bandidos infestaban aquellos lugares, por lo que era conveniente estar preparados. Con la otra mano sujetaba las riendas de mi asno Midas, cargado de equipajes. Yo viajaba a pie a sus espaldas. No paraba de mirar mis sandalias, preocupado porque necesitaban una buena limpieza. Filoxena montaba una magnífica yegua parda. La espesa hojarasca tapaba el sol. Un estremecimiento me obligó a ceñirme la capa.

–Pronto se pondrá el sol. Hemos de encontrar un lugar donde cobijarnos –dijo Estrepsíades.

Mi esclavo tenía razón. Miré a Filoxena y le pregunté si estaba de acuerdo, pero ella no dijo nada. Se hallaba absorta en quién sabe qué pensamientos. Desde el día en que se había presentado en mi casa para anunciarme su partida hacia Esparta, habían pasado dos meses sin dar señales de vida. De repente, sin darme una explicación siquiera, había desaparecido. No dejó, por tanto, de asombrarme que se hubiera parado delante de mí sin previo aviso, sólo para hacerme este anuncio. Me había parecido muy alterada. No había explicado la razón por la que se marchaba. Se limitó a decir que *tenía* que irse. Había sido así como, sin pensármelo demasiado, me había ofrecido a acompañarla; ella, por otra parte, no había puesto objeción alguna. Mi madre, que acababa de regresar de Olimpia, se había enterado de mi partida con su acostumbrada perplejidad ante todo lo que hacía Filoxena. Había insistido para que no siguiese a la que consideraba nada más que una mala pieza, pero frente a mi obstinación hubo de resignarse.

Acompañados por Estrepsíades, Filoxena y yo habíamos dejado Atenas en silencio y ese silencio se había prolongado durante todo el viaje, hasta el punto de convertirse en un desagradable intruso entre nosotros. Habría dado cuanto poseía por saber qué la afligía de aquel modo. Desde que había reaparecido en mi vida, llevaba un extraño anillo de oro en el que destacaba un camafeo que representaba el rostro de la diosa Atenea. Nunca antes le había visto ese anillo en el dedo.

–¿Qué te pasa, por Zeus? ¿Quieres moverte? –bramó de repente Estrepsíades, dando unos tirones al asno que de golpe se había quedado clavado delante de un cruce de caminos. Midas permanecía insensible a los tirones y miraba el vacío delante de sí.

Un grito lejano se alzó agudo, rompiendo el silencio que envolvía el bosque. Mi esclavo se estremeció. Empuñamos las

espadas. El grito parecía provenir del camino secundario que desde el cruce se adentraba hacia la izquierda.

–Vamos a ver –dije.

Estrepsíades hizo una seña de asentimiento.

–Mantengamos los ojos bien abiertos. Podría ser la trampa de algún bandido.

Por quién sabe qué misterioso juego del Hado, Midas decidió moverse y avanzó por su espontánea voluntad a lo largo del sendero por el que procedía el grito. No tardamos en llegar cerca de un trofeo de guerra erigido por algún ejército en memoria de una batalla ganada. A juzgar por su estado lamentable, debía de conmemorar un enfrentamiento de varios años antes. Miramos a nuestro alrededor, escrutamos con atención en la espesura del bosque, pero no descubrimos a nadie. Estrepsíades parecía cada vez más tenso. A los lados del sendero destacaba el encinar, cuyas copas tapaban el cielo por encima de nuestras cabezas. Avanzamos hasta que en lontananza vimos aparecer un templete solitario, envuelto por una trama intrincada de arbustos trepadores. Las columnas de la entrada mostraban la dura esencialidad del estilo dórico. Nos encontrábamos aún más bien lejos, cuando, precisamente desde aquella dirección, oímos llegar un segundo grito.

–¡Socorro! –bramó una voz desde el interior del templo.

Estrepsíades aferró al instante la brida de la yegua y del asno y las ató a una encina, mientras Filoxena y yo nos agazapamos detrás de los arbustos.

Desde nuestro punto de observación, la entrada del templo aparecía oscura. No descubrimos nada en su interior. En todo el bosque se había hecho de nuevo un silencio sombrío. Indiqué a Estrepsíades de que se reuniera conmigo.

–Avancemos –le susurré.

–Un momento –dijo Filoxena, y de la manga de su vestido desenfundó un puñal–. Vengo también yo.

–Ni hablar –dije, pero, por toda respuesta, Filoxena fue la primera en moverse.

–¡Alto! –le susurré, aferrándola por un brazo–. ¡No seas atolondrada! No sabemos quién hay ahí dentro.

Filoxena retiró el brazo, liberándolo de mi presión de modo más bien brusco. Ese gesto atento la había irritado terriblemente. ¿Por qué, me pregunté, todo ese resentimiento hacia mi persona?

Ordené a Estrepsíades llevar a cabo un registro del perímetro del templo. Cuando hubo completado la vuelta, nos hizo seña de que era seguro, de modo que Filoxena y yo avanzamos hacia la entrada. La luz menguaba, señal de que el sol se estaba poniendo tras la línea de los montes y que pronto la oscuridad avanzaría imparable. Teníamos que darnos prisa. Me asomé furtivamente al umbral y escruté el interior.

Parecía que el santuario estuviese en desuso, a juzgar por la suciedad, la falta de flores y de cualquier otro ornamento. Al fondo de la nave central destacaban dos estatuas. A la izquierda, un Heracles de piedra desnarigado, emasculado y casi sin ningún dedo en una mano vestía una piel de león y con la diestra empuñaba la clava. Enfrente del dios descollaba una aterradora Hidra. Sus patas de rapaz aferraban el pedestal y del dorso se desplegaban unas horrendas alas de murciélago en su máxima extensión. Las nueve cabezas del monstruo, semejantes a enormes serpientes, despuntaban del cuerpo y se prolongaban hacia Heracles que, tenso en cada fibra de su cuerpo musculoso, blandía la clava, dispuesto a abalanzarse sobre aquel ser.

Justo debajo de la hidra yacía una muchacha de carne y hueso, firmemente atada al pedestal. Tenía la cabeza metida en un saco y se agitaba en el vano intento de liberarse. Advirtió nuestra presencia y se puso rígida.

–¿Estás sola? –pregunté desde la entrada.

La muchacha dudó un instante, luego hizo una seña asintiendo con la cabeza.

Estrepsíades me plantó una mano contra el pecho.

–Iré yo primero –dijo con la espada apuntada hacia delante.

Cuando se convenció de que en el interior del templete no había nadie más, devolvió el arma a su funda y nos invitó a entrar. Se acercó a la joven y le quitó el saco, descubriendo el rostro. Era muy bonita, con los cabellos castaños que le llegaban hasta los hombros, grandes ojos claros e intensos. Le colgaba del cuello una mordaza que debía de haber conseguido quitarse. Nos escrutaba aterrorizada.

–¿Eres tú quien ha pedido socorro? –preguntó Estrepsíades. La joven asintió.

–No te haremos ningún daño –le aseguré acercándome unos pasos. Pero ella, nada convencida de mis palabras, se agitó y pegó un grito, lanzando coces en dirección a mí.

–Así la asustas –me reprochó Estrepsíades.

No me había dado cuenta de que empuñaba aún la espada.

–Ya me encargo yo –dijo Filoxena con tono servicial–. Deja que te libere de estas ataduras.

Lentamente la filósofa dio la vuelta a la estatua y con el puñal cortó las cuerdas. Una vez liberada, la joven clavó la mirada hacia la salida, indecisa de si intentar la huida o quedarse. Filoxena se colocó a su lado y le sonrió.

–Puedes irte, si quieres –le dijo señalando con la mano hacia la salida.

En aquel momento, la muchacha se convenció de que no tenía nada que temer. Mi esclavo le alargó el odre del agua del que bebió sólo un sorbo, casi por cortesía.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó Filoxena.

–Mi nombre es Agesistrata –respondió, sacándose la mordaza por la cabeza y arrojándola al suelo con desprecio.

–¿Quién te ha atado a esta estatua? –le pregunté.

Las cabezas de la Hidra descendían hasta la altura de un hombre e infundían mucho pavor.

–No lo sé –dijo con voz rota por un llanto liberador–. Hace cinco días me raptó en Esparta y me trajo a este templo. Llevaba un yelmo espartano. A continuación me amordazó y encapuchó.

–¿Te ha... hecho daño? –la interrumpió Filoxena, preocupada.

La joven negó con la cabeza.

–Me ató aquí, pero luego ni me rozó. Venía una vez al día a traerme de comer y de beber. Cuando me quitaba el saco de la cabeza, lo veía con el yelmo calado sobre el rostro y la larga capa espartana en torno al cuerpo.

–¿Por qué crees que te raptó?

–Se lo pregunté, pero fue inútil.

–Quedarse aquí no es seguro –la interrumpió Estrepsíades, mirando a su alrededor con circunspección–. Será mejor irse cuanto antes.

–Un momento... –insistió Filoxena, y se puso a contemplar a Agesistrata con viva curiosidad.

De golpe se sobresaltó, como traspasada por una lanzada. Se le acercó y con la mirada fue escrutando cada uno de los rasgos del rostro de la muchacha, como si quisiera comprender quién sabe qué secretos.

La joven retrocedió recelosa. La extraña actitud de la filósofa la había inquietado.

–¿Qué le pasa? –me preguntó Estrepsíades.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. El rostro de Filoxena se había puesto de color cerúleo.

–Has dicho que viniste de Esparta. ¿Has oído hablar de un tal Tisámemo? Es ateniense, pero vive allí desde hace muchos años –preguntó Filoxena.

La muchacha, sorprendida, se llevó las manos al pecho.

–Tisámeno es... el nombre de mi padre –dijo con un hilo de voz.

Filoxena alargó una mano buscando mi brazo para no caer.

–¿Se puede saber qué pasa? –pregunté.

–Dioses del Olimpo... –exclamó Filoxena.

De debajo de la capa sacó un rollo y me lo alargó.

–¡Lee! –me dijo.

Lo desenrollé y estudié con atención las pocas líneas que había escritas. Cuando leí el nombre al pie de la carta, se me subió la sangre a la cabeza.

–¿Quién es este Tisámeno? –pregunté, preso de un ataque de atroces celos.

Filoxena me abrazó. El suyo fue un gesto espontáneo que me compensó por todo la ojeriza que me había demostrado hasta ese momento. Pero ella se echó para atrás casi inmediatamente, como arrepentida. ¿Por qué se comportaba así? Un momento antes parecía necesitada de recibir consuelo de mí, mientras que ahora me rechazaba como si la causa de los dolores inescrutables que afligían su ánimo fuese precisamente yo.

Agesistrata y Estrepsíades se miraban con cara de pasmo.

–Amo... –apuntó mi esclavo, deseoso igual que yo de comprender qué estaba pasando.

Filoxena se volvió hacia mí y acto seguido se dirigió a la muchacha.

–Tisámeno es mi hermano –le dijo.

Agesistrata palideció. Filoxena se acercó a ella, que se había quedado con la boca abierta.

–Y tú eres mi sobrina.

CAPÍTULO III

En el que la educación está en la base de todo

Apenas nos hubimos recuperado todos del susto, dejamos el templete y atravesamos el encinar de Escotina. Agesistrata era persona muy ducha en caminos de Laconia y nos guio a lo largo de un recorrido sin indicaciones, por la vertiente opuesta de colinas sinuosas plantadas de olivos.

—Aquí cerca hay un pueblo de ilotas —dijo—. Pero creo que es mejor hacer un trayecto algo más largo y llegar a una ciudad. Es más seguro.

Seguimos su consejo, pese a no comprender plenamente si sus palabras daban por sobreentendido algún mensaje implícito. Quizá que, si nos quedábamos con los ilotas, aquellos que pertenecían a la clase más baja de la sociedad espartana, ¿no habríamos estado a buen recaudo? Por otra parte, ninguno de nosotros pidió aclaración alguna a la muchacha, dado que Agesistrata parecía muy segura de lo que hacía. Cruzamos la puerta de la pequeña ciudad de Selasia y encontramos para pasar la noche una posada, donde finalmente pude sacar lustre a mis sandalias. Me ocupaba siempre personalmente de ellas porque mi padre me había enseñado que el hombre de espíritu noble camina siempre con las sandalias relucientes, como si volase suspendido del suelo. Cuando la noche hubo cubierto la tierra con su manto estrellado, yo terminé de sacar brillo a mi calzado y las calles de la ciudad quedaron desiertas.

No estaba en absoluto sereno. Desde que habíamos dejado el templete de Heracles tenía la extraña sensación de que alguien no nos perdía de vista a escondidas. Confié mis sospechas a Estrepsíades ante un pedazo de pan y una humeante sopa de cebada y legumbres preparada para nosotros por la posadera.

–Habrán sido los bandidos –dijo mi esclavo– o una jauría de lobos.

–Será –respondí–, pero, tanto si eran bandidos o lobos, ¿por qué no nos han atacado?

Mi pregunta cayó en el vacío. Era demasiado el cansancio acumulado ese día para mantener una conversación. Terminada la comida, Estrepsíades bostezó hasta las lágrimas y, dado que también yo me cansaba de mantener los ojos abiertos, decidimos sin dudarlos irnos a dormir.

A la mañana siguiente salimos de la ciudad y bordeamos el dique del río Eurotas avanzando en sentido paralelo a la cordillera del Parnón. Durante el camino pregunté a Agesistrata cómo había ocurrido el rapto.

–Se produjo después de que yo hubiera salido del templo –explicó–. Como muchas chicas de mi edad, sirvo en el templo de Ártemis Ortia de Esparta. Tejemos la vestidura sagrada que la estatua de la diosa llevará el día de su fiesta. Por tradición, solamente puede ser realizado por jóvenes vírgenes. Como cada mañana, hace seis días me dirigí al templo y salí sola por la tarde. El raptor me atacó mientras volvía a casa, en un vehículo vacío. Tenía el yelmo calado sobre el rostro y una larga capa que le recubría del cuello a los tobillos.

–¿Los mismos con los que se presentó ante ti en los días siguientes?

Agesistrata asintió con la cabeza.

–¿Estabas sola cuando fuiste raptada?

–Sí. Me sorprendió en el callejón, me amordazó y luego me inmovilizó atándome las manos y los pies. A continuación me

metió dentro de un saco. Me cargó a fuerza de brazos en un carro, luego éste echó a andar. Sólo al final del viaje comprendí adónde era conducida.

–Te esperaba, por tanto... –dije.

Caminamos durante algunas horas y llegamos a un valle muy amplio, ocupado en su mayor parte por pueblecitos y plantaciones cultivadas por los ilotas. La ciudad de Esparta se alzaba en medio de aquel valle, alejada tanto de las poquísimas ciudades amigas suyas como de las muchísimas enemigas. Al igual que una mujer noble y altiva, parecía estar orgullosa de su propio aislamiento. Accedimos a ella por el lado oriental, a través de un antiguo puente sobre el Eurotas. No franqueamos murallas defensivas, porque Esparta jamás había considerado necesario levantarlas. Para protegerla de las amenazas exteriores bastaban la cordillera del Parnón a oriente, el monte Taigeto a occidente y los bosques de la Arcadia, tierra de pastores y de lobos feroces, al norte. En el caso de que estas defensas naturales no hubiesen bastado, Esparta podía contar con los hoplitas más aguerridos de toda Grecia.

Las calles eran un hervidero de periecos, de artesanos de los pueblos y de las ciudades de Laconia, que llevaban a vender sus mercancías al ágora de Esparta, el mercado más rico de todo el Peloponeso. Gran número de ilotas entraban en la ciudad a depositar el fruto de su duro trabajo en los campos en forma de tributo. Sus amos eran los ilustres ciudadanos de Esparta, los espartiatas, descendientes de los dorios. Se distinguían de los periecos y de los ilotas porque llevaban el cabello recogido en largas trenzas y por la burda capa escarlata, que ostentaban como símbolo de pobreza, de libertad y de desprecio por el lujo, la única actividad que les estaba permitida por la ley de Licurgo, el fundador del estilo de vida espartano.

Cuando pusimos los pies en la ciudad, tuve una vez más la sensación de que alguien nos estaba espiando.

Miré en torno a mí. Y finalmente noté algo.

A los lados de la calle, en los pasadizos más oscuros, unos ojillos estudiaban con atención nuestro avanzar majestuoso. Ojos blancos, engastados en minúsculos rostros huesudos y sucios. Decenas y decenas de niños con la cabeza rapada atisbaban y finalmente se mostraron ya sin temor. Sus pies ennegrecidos por la suciedad se apoyaban desnudos en el suelo polvoriento. No llevaban nada más que los taparrabos. Tenían cuerpos delgados en los que se hubieran podido contar todas las costillas, pero la expresión de sus rostros era orgullosa. No obstante las apariencias, parecían todo menos unos chiquillos frágiles.

–Vigilad bien vuestro equipaje –sugirió Agesistrata–. Éstos son pequeños espartiatas.

–¿Es que vamos a temer a esta turba de mocosos flacuchos? –preguntó maravillado Estrepsíades.

–Deberías –repuso Agesistrata–. Más allá de lo que pueda parecer, son peligrosos. El sistema de educación de esta ciudad obliga a los hijos de la aristocracia espartana a irse de casa hasta los ocho años para trasladarse a unas comunidades llamadas *aghelai*, donde aprenden a procurarse el sustento con el medio que sea. Les está permitido también robar, con tal de que no se dejen atrapar. En este caso reciben severos castigos, pero sólo por haberse dejado descubrir. Por esta razón son devotos de Hermes, el dios de los ladrones.

Poco a poco el camino fue invadido por esos pequeños espartiatas de rostros demacrados y rabiosos por el hambre, que se pusieron a caminar a nuestro lado.

–No me gusta. ¡Por Zeus, no me gusta ni un pelo! –rezongó Estrepsíades a regañadientes.

–Venid, tomemos por aquí –sugirió Agesistrata, llevándonos a una calle secundaria y menos frecuentada.

Pero también a lo largo de aquella calle asomaron niños en cada esquina como si fueran escarabajos. Algunos nos escru-

taban con una actitud descarada, con las manos en jarras, el peso del cuerpo apoyado sobre una pierna y la barbilla alzada. No perdía de vista a Midas y nuestras pocas pertenencias que el asno transportaba en el lomo.

Un chiquillo enjuto y desdentado alargó una mano asquerosa sin temor. De un impulso, Estrepsíades se la golpeó.

–Largo de aquí... –le reprendió.

En las manos de un par de otros mocosos de golpe aparecieron unos puñales. Los rostros fríos y sucios de aquellos pequeños demonios decían que no tendrían empacho en sacarnos las tripas para llevarse aunque sólo fuera un pedazo de pan.

–Las cosas se ponen feas... –dijo Estrepsíades, cada vez más nervioso.

–No reacciones –le exhorté–. Éstos son los hijos de la aristocracia de Esparta. Si les hacemos daño, acabaremos colgados en una horca.

En aquel momento llegó a gran velocidad un carro tirado por un par de caballos. El conductor daba fustazos a los corceles y decía a voz en grito:

–¡Largo! ¡Largo!

Los niños se hicieron a los lados de la calle justo a tiempo para no acabar bajo los cascos de los caballos. El carro nos alcanzó y el conductor detuvo bruscamente la carrera, levantando una gran polvareda. Era un hombre de unos cuarenta años, con un rostro armonioso, los cabellos oscuros y cortos y una barba de chivo bien cuidada. Un costurón a lo largo del rostro le cortaba la ceja y el párpado del ojo derecho, obligándolo a mantener el ojo permanentemente semicerrado. Nos contempló con esa mirada asimétrica y nos dijo:

–Si queréis salvaros, subid al carro.

No lo tuve que decir dos veces. Estrepsíades y yo cargamos a Agesistrata en el carro y subimos de un salto. El hombre azotó a los caballos, que partieron de nuevo a buen ritmo.

En cuanto a Filoxena, espoleó a su yegua al galope. A sus espaldas partió también mi asno; cargado como estaba, galopaba de modo torpe y perdió detrás de sí gran parte de nuestros equipajes.

El carro avanzó a gran velocidad por algunas calles estrechas, entre casas en ruinas e iguales la una a la otra, hasta que fuimos a parar al pueblo de Mesoa, uno de los cinco que forman la ciudad de Esparta junto con los de Pitana, Limnai, Kynosoura y, más al sur, Amiclas. Allí proseguimos a lo largo de una famosa calle llamada Afetaide, en la que se cuenta que Ulises ganó una carrera pedestre y en premio se le adjudicó la mano de Penélope.

Al final de aquella calle, llegamos a los confines meridionales de Esparta. Cruzamos al galope un puente sobre el río Magoulitsa y salimos de la ciudad. Recorrimos un camino encajonado hasta que nos encontramos en un pequeño pueblo. Entonces nuestro salvador detuvo la carrera de sus caballos.

—Ya hemos llegado —anunció volviéndose hacia nosotros. Miré con curiosidad la cicatriz que le desfiguraba el rostro. Él se dio cuenta y me dijo—: En Esparta las cicatrices son trofeos que exhibimos con orgullo.

Una vez que el carro estuvo parado, Agesistrata se reunió con el hombre con la cicatriz y le echó los brazos al cuello, rompiendo en infinitos sollozos. Él le devolvió el abrazo y la besó en la frente.

—Has vuelto, por fin —exclamó el hombre.

Filoxena en la grupa de su yegua observaba a los dos y parecía incapaz de mover un solo músculo.

Agesistrata se volvió hacia nosotros con lágrimas en los ojos.

—Éste es Tisámeno, mi padre.

Luego señaló a la filósofa y, mirando al hombre al que aún abrazaba, dijo:

—Y ésta, padre, es tu hermana Filoxena.

CAPÍTULO IV

En el que se rechaza el justo tributo al dios

Entramos en casa y Tisámeno nos presentó a su mujer Atria, de unos treinta años, una mujer robusta y atractiva. Cuando ésta descubrió entre nosotros a su hija, fue a su encuentro, la estrechó entre sus brazos y dio gracias a los dioses entre lloros de emoción. Tisámeno se acercó a Filoxena y la abrazó. Ella lo dejó hacer, pero se mostró fría con él y no devolvió el abrazo.

–Me alegra de que hayas hecho caso a mis súplicas –le dijo Tisámeno–. Has venido a Esparta, como Apolo había indicado y, gracias a ti, he reencontrado a mi hija, a la que creía perdida para siempre.

Filoxena contemplaba en silencio el rostro de su hermano.

–Diecisiete años –continuó Tisámeno–. Han pasado muchos desde que me fui de Atenas. Pero tú no has cambiado.

–Yo no diría eso –le contradijo la hermana–. Entonces tenía sólo seis años.

–Estás hecha una mujer –puntualizó Tisámeno–, pero tus ojos siguen siendo los de otro tiempo, despiertos y brillantes.

–Hemos de celebrar un sacrificio para dar gracias a Apolo –propuso Atria.

Encendimos un fuego sobre el altar del patio de casa y Tisámeno condujo a donde estábamos nosotros un cordero de

pelaje leonado y grandes cuernos curvos. Lo hizo subir con las pezuñas sobre el mármol, luego le ayudamos a tenderlo de costado y le atamos las patas. El animal baló desesperado, presagiando el fin. Invocamos a los dioses, luego Tisámemo, tras sacar el puñal de la funda, degolló al cordero. La cálida sangre del animal roció el velo y el altar blanco, tiñéndolo de un rojo encendido. El cordero se meneó durante algunos momentos, luego apoyó la cabeza sobre el frío mármol y expiró. Mientras Atria y la hija encendían un segundo fuego, ayudé a Tisámemo a despellejar al animal, retiramos las entrañas y las arrojamos como ofrenda al dios entre las llamas del altar. Descuartizamos el resto de las carnes, les echamos sal, las cortamos y las ensartamos en los asadores. Cuando el fuego tomó fuerza, asamos la carne y su aroma se difundió por el patio y las estancias de la casa. Tisámemo nos invitó a sentarnos a una mesa en la sala principal. Cuando fue el momento, colocó los asadores sobre unas bandejas de madera y nos las sirvió. Sacó a la mesa unas hogazas de pan y mezcló vino con agua y le añadió dulce miel. Comimos y bebimos hasta que todos quedamos saciados. Todos excepto Filoxena. Fue la única que no tocó la comida ni se mojó los labios con el vino.

–Supongo que no querrás acarrear una ofensa al dios –le reprochó, aun cuando con moderación, su hermano Tisámemo.

Filoxena miró su cicatriz y no le respondió.

–Dejemos de lado los rencores al menos por hoy –le rogó Tisámemo–. Habéis salvado a mi hija. Debemos dar gracias por ello al dios. Imagino que no querrás hacerlo irritarse.

–Estoy muy cansada –cortó por lo sano Filoxena–. Quisiera irme a descansar.

Tisámemo meneó la cabeza contrariado.

–No puedes retirarte sin haber tomado ni un bocado.

–Dime dónde puedo acomodarme para pasar la noche, por favor –insistió secamente Filoxena.

Tisámemo suspiró. Un velo de amargura descendió sobre su rostro.

—Han pasado diecisiete años desde la última vez que nos vimos, ¿y sin embargo ni siquiera soportas la idea de permanecer en la misma estancia en la que estoy yo también presente?

Tras haber leído la carta, me habría gustado saber distintas cosas sobre ellos. ¿Qué había obligado a Tisámemo al destierro? ¿Cuál era la causa de toda aquella frialdad por parte de Filoxena?

Las preguntas se superponían a las preguntas, pero no tenía derecho a aventurar ninguna petición de explicaciones. Por lo menos, aquél me parecía un momento poco oportuno.

Agesistrata, desolada, observó aquella escena y se quedó boquiabierta. Comprendió que tampoco ella debía de conocer la razón de aquella frialdad por parte de Filoxena hacia su padre. En cuanto a Atria, mantuvo la mirada gacha y no dijo una palabra. ¿Estaba al corriente de los hechos referentes a los dos hermanos o bien los desconocía, como nosotros?

Tisámemo, abatido, se resignó a la voluntad de su hermana. Se puso en pie e impartió las disposiciones a la mujer y a la hija a fin de que se retirasen junto con Filoxena a los aposentos del gineceo. Atria y Agesistrata se levantaron tristes y nos dejaron. La cicatriz obligaba a la mitad del rostro de Tisámemo a una forzada inexpresividad, pero la otra mitad mostraba toda su amargura.

—Hace poco he recuperado a mi hija, que temía haber perdido para siempre, y he reencontrado a mi hermana, a la que no veía desde hacía diecisiete años —comentó Tisámemo—. He sentido una enorme alegría. Pero enseguida esta alegría se ha trocado en tristeza. Esa hermana que creía haber reencontrado, en realidad, no me considera ya hermano suyo.

CAPÍTULO V

En el que se advierten dos coincidencias y una omisión

La Constitución de Licurgo, la ley que regulaba los usos y las costumbres de Esparta, prohibía a los espartanos la ostentación del lujo. Aunque esta norma estuviese dirigida en particular a los espartiatas, era observada escrupulosamente también por la clase inferior de los periecos. No había habitante de Laconia que, por más acomodado que fuese, alardease de sus riquezas. También la casa de Tisámeno reflejaba este tipo de mentalidad, dado que estaba totalmente desprovista de cualquier objeto de adorno inútil. Volví la mirada hacia la viga que se extendía a lo largo de todo el techo. Parecía muy robusta, pero, bien mirada, estaba completamente recubierta de minúsculos agujeritos. En su interior estaba infestada de carcoma. Sólida en apariencia, pero extremadamente frágil en realidad. Podría ceder de un momento a otro. La viga sustentante de aquella casa era como la ciudad de Esparta. Y Esparta era como la viga sustentante de aquella casa: dura y resistente en apariencia; frágil y precaria en la práctica. Los únicos elementos que decoraban las paredes de la sala principal eran las armas. Espadas, lanzas, un escudo y un arco carente de cuerda colgado en un rincón y, por tanto, poco visible.

—Se diría de excelente factura —comenté, retirando el arco de los hierros que lo sujetaban a la pared—. Merecería que se viera mejor.

–En Esparta el arco es considerado un arma innoble –observó Tisámeno–. El arquero mata de lejos. El hoplita espartano, en cambio, se enfrenta al enemigo con la lanza, luchando cuerpo a cuerpo.

Salimos al patio, en cuyo centro se levantaba una estatua de Atenea.

–Había una idéntica en el patio de la casa en la que crecimos Filoxena y yo –dijo Tisámeno indicando la estatua.

Con la diestra, Atenea sostenía una pequeña Niké, la diosa de la victoria. Ésta estaba esculpida de modo insólito, dado que le faltaban las alas.

–Exactamente idéntica no creo –observé, haciendo notar aquella extraña anomalía.

–En Esparta la diosa de la victoria se representa sin alas para que no abandone nunca la ciudad –explicó Tisámeno.

–No tiene necesidad de alas para irse de Esparta –susurró a mi oído Estrepsíades con una punta de sarcasmo–. ¡Ha escapado de esta ciudad hace un tiempo, y a todo correr!

Enseguida capté la alusión de mi esclavo: se refería al éxito militar de su ciudad natal, Tebas, sobre Esparta en la batalla de Leuctra unos cincuenta años atrás. Entonces una guerra entre las dos potencias había asignado a Tebas un papel hegemónico sobre las otras ciudades de Grecia. Desde esa ocasión la enemistad entre Esparta y Tebas no había cesado nunca. Estrepsíades, en cuanto tebano, se sentía en Esparta como una mangosta en un nido de serpientes. Dispuesto a devorarlas a voluntad en cuanto depredador suyo, y sin embargo, atemorizado por el hecho de encontrarse solo en casa del enemigo.

Tisámeno escuchó con atención mi resumen sobre la liberación de Agesistrata.

–Mucho me temía que hubiese sido secuestrada –confesó–, pero, a decir verdad, no estaba seguro del todo porque... –Dejó

la frase en suspenso, encerrándose de golpe en un silencio meditabundo.

—... en estos días no has recibido ninguna petición por el rescate de tu hija. ¿No es así? —completé su pensamiento.

Tisámemo asintió, sorprendido por mi intuición.

—Ninguna condición por su rescate.

Para no violar las reglas de la hospitalidad, consideré oportuno posponer la pregunta sobre su destierro de Atenas; por tanto evité darle a entender que había leído la petición de ayuda que había enviado a su hermana.

—Filoxena me ha hablado de una amenaza que pesa sobre ti. ¿Crees que el rapto de tu hija tiene que ver con esta amenaza?

Tisámemo alzó la mirada al primer piso de la casa, donde se hallaba el gineceo, y suspiró.

—Creo que sí.

—¿Tienes enemigos en esta ciudad?

El hermano de Filoxena permaneció pensativo durante algún instante, antes de responder.

—Uno sólo —hubo de admitir finalmente—, pero muy poderoso.

—¿Quién es?

—Un espartiata. Su nombre es Dercilidas.

—¿Un espartiata? —repetí. Recordé lo que me había contado Agesistrata. El raptor llevaba un yelmo espartano y la capa del guerrero—. ¿Consideras que fue él quien raptó a tu hija?

—En realidad, en estos días, muchos de los periecos y de los ilotas le han señalado a él como el responsable de su desaparición —respondió.

Abrí los ojos, maravillado.

—¿Acaso hay alguien que asistiera al rapto? —pregunté—. En cuyo caso, podremos atrapar fácilmente a Dercilidas.

Tisámemo meneó la cabeza.